

“Una Reina con tocas de viuda e insignias de soledad”

Lorena Valderrábano B.

*Finjamos que soy feliz,
triste pensamiento, un rato;
quizá podréis persuadirme,
aunque yo sé lo contrario:*

SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ

Décima musa, figura religiosa, emblema feminista, ejemplo de erudición, arquetipo de la mujer sedienta de sabiduría, objeto de cuantos homenajes puedan caber (unos sinceros, otros no tanto), orgullo nacional y estatal de la cultura oficial, enigmática mujer para propios y extraños, para especialistas y profanos, con una fecha de nacimiento tan imprecisa (1648, según la fe de bautismo; 1651, según sus biógrafos) como el uso de su nombre legítimo: ¿Juana Inés Ramírez? ¿Juana de Asbaje?, sor Juana Inés de la Cruz, su producción intelectual y las decisiones cruciales que tomó a lo largo de su vida ofrecen un apasionante campo de estudio tanto para las letras como para la filosofía.

Vida y obra de sor Juana condensan el tono, los excesos y las contradicciones de una época en la que, entre los vericuetos del comercio, la vida cortesana, la multiplicidad racial y cultural (indígenas, españoles, criollos, negros y mestizos), los latifundistas, los mineros, las órdenes religiosas y el alto clero, se sobreponía una cruel represión religiosa.

Juana Inés nace en Nepantla. Hija natural de Isabel Ramírez y Pedro Manuel de Asbaje y Vargas Machuca, pasa buena parte de su infancia al lado del abuelo materno y, a los ocho años, es depositada con una tía cuyo marido, quien goza de buena posición económica y social, la vincula con la corte; así, la futura monja llega a vivir al Palacio de los Marqueses de Mancera, virreyes de Nueva España.

En poco tiempo la sociedad cortesana es seducida por la juventud, el temperamento y la sabiduría de quien posteriormente renunciaría al mundo a cambio de la soledad más acre: la de una mujer consciente de sus capacidades.

A los veintiún años y a instancias del jesuita Antonio Núñez de Miranda, confesor de los virreyes y provincial de la Compañía de Jesús, Juana Inés profesa en el convento de San Jerónimo, en la ciudad de México; allí pasará el resto de su vida, confinada a una reclusión que implicaba, según el precepto, “morir al mundo y al amor propio y a todas las cosas creadas, para vivir sólo a tu Esposo. Para todo has de estar muerta y sepultada, sin padres, parientes, amigos, dependencias, cumplimientos.” Años después expresará su pesar por la falta de fortaleza que le hubiese permitido buscar otra alternativa:

*Pero si hubiera alguno tan osado
que, no obstante el peligro, al mismo Apolo
quisiese gobernar con atrevida
mano el rápido carro en luz bañado,
todo lo hiciera, y no tomara sólo
estado que ha de ser toda la vida.*

La reclusión de sor Juana causó verdadero regocijo al jesuita que se autoproclamó elegido para salvaguardar la virginidad y la pureza espiritual de cuanta mujer hermosa se dejara ver por el mundo. Sin la certeza absoluta de una fuerte vocación religiosa, la nueva monja hace votos por una elección de la que no hay retorno: “hago voto de guardar la vida y regla de las pobres monjas de nuestro Padre San Jerónimo, viviendo en obediencia, sin propio y en castidad y guardando la clausura ordenada por las constituciones de la orden.”

Lorena Valderrábano Bernal. Licenciada en Letras Españolas. Realizó estudios de maestría en Literatura Mexicana en la UNAM. Fue profesora huésped de la Universidad Estatal de Viena. Ha incursionado en el periodismo cultural.



Cruel y contradictorio resulta que una mujer joven, atractiva, alegre y sabia se retire a la vida conventual; el mismo Núñez de Miranda declaró: "peregrina ceremonia desposarse una Reina con tocas de viuda e insignias de soledad." Sin embargo, es necesario recordar que los matices monacales del siglo cuyo modelo existencial es el Cristo crucificado y humillado no podrían ser indulgentes ante tantos y semejantes atributos en una sola mujer.

La pregunta que muy probablemente se plantearon tanto los virreyes como la misma sor Juana flota en la atmósfera cada vez que algún crítico o estudioso de sus obras inicia un acercamiento biográfico "¿qué hombre sufriría su evidente superioridad intelectual en una época en que las mujeres dependían enteramente de la voluntad tiránica de los hombres?"

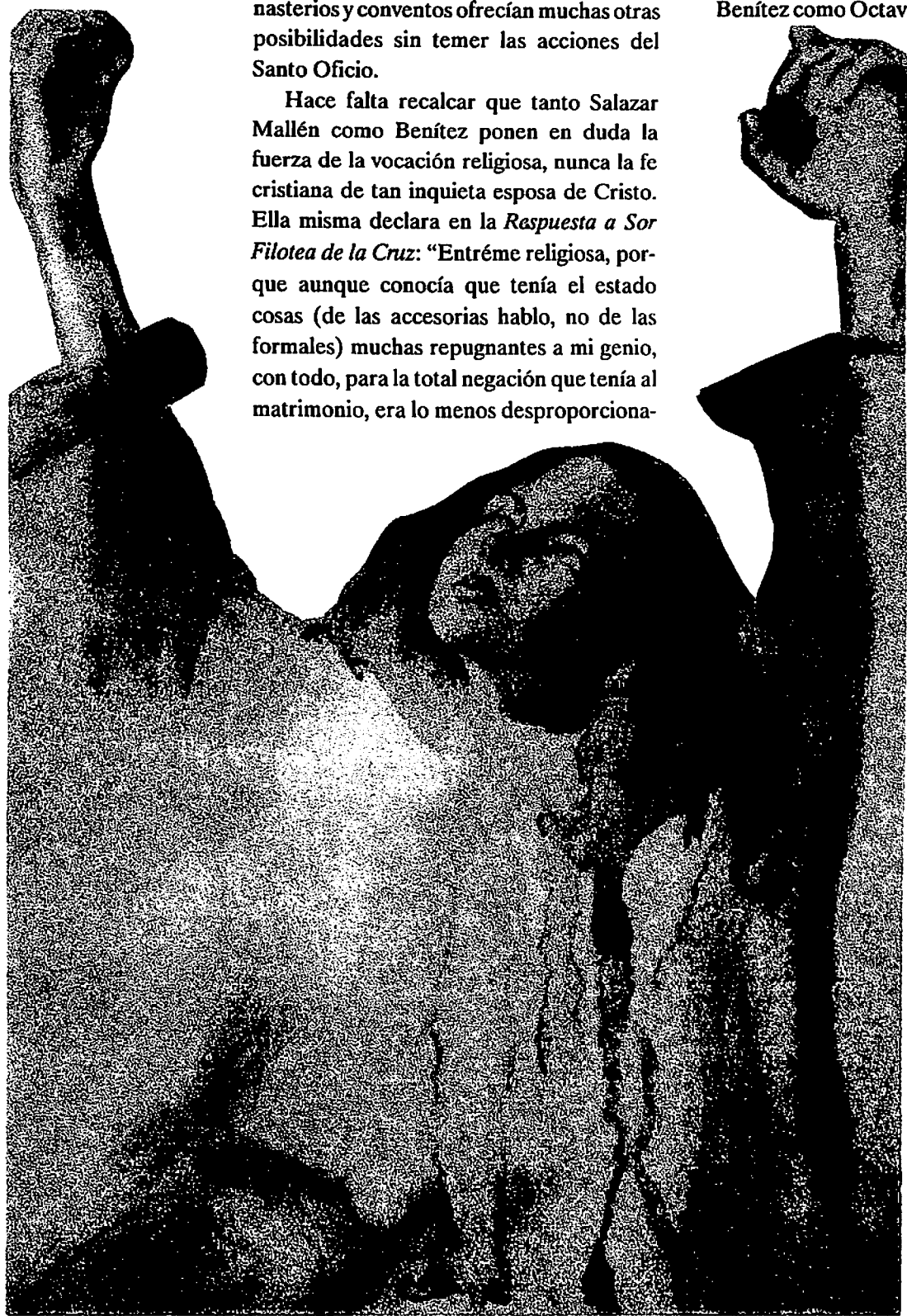
Rubén Salazar Mallén y Fernando Benítez coinciden en que sor Juana no tenía una verdadera vocación religiosa y, más aún, detestaba la vida comunal pero mientras el primero concluye que, imposibilitada para el matrimonio por su condición de hija natural que la expone a la burla y el escarnio de un presunto marido, no tiene otra alternativa que el claustro, el segundo establece que sólo el convento puede proporcionarle las condiciones adecuadas para dedicarse a la pasión de su vida: el estudio; por supuesto el precio implicaba anteponer los estudios teológicos a las ciencias humanas de entonces. De todas formas cabría preguntarse si las bibliotecas de monasterios y conventos ofrecían muchas otras posibilidades sin temer las acciones del Santo Oficio.

Hace falta recalcar que tanto Salazar Mallén como Benítez ponen en duda la fuerza de la vocación religiosa, nunca la fe cristiana de tan inquieta esposa de Cristo. Ella misma declara en la *Respuesta a Sor Filotea de la Cruz*: "Entréme religiosa, porque aunque conocía que tenía el estado cosas (de las accesorias hablo, no de las formales) muchas repugnantes a mi genio, con todo, para la total negación que tenía al matrimonio, era lo menos desproporciona-

do y lo más decente que podía elegir en materia de la seguridad que deseaba de mi salvación; (...) el fin a que aspiraba era estudiar Teología, pareciéndome menguada inhabilidad, siendo católica, no saber todo lo que en esta vida se puede alcanzar, por medios naturales, de los Divinos Misterios."

Movida por una u otra razón, sor Juana es empujada por la necia presión de Antonio Núñez de Miranda, misógino consumado, obseso de las mujeres hermosas que, instalado en el más patológico amor a la Virgen, presidió, lleno de orgullo la "festiva pompa de su nupcial muerte y su natalicio entierro".

Instalada ya en su nueva condición y a pesar del rigor del voto no renuncia a todos sus vínculos con el mundo; tanto Fernando Benítez como Octavio Paz refieren, por una



A black and white photograph of a nude woman lying on her back, looking upwards with her head tilted back and arms raised above her head. Her legs are bent and raised in the air. The image is high-contrast, with deep shadows and bright highlights, emphasizing the contours of her body. The background is plain and light-colored.

Para comprender el bagaje cultural, filosófico y religioso que constituye la fortaleza intelectual de sor Juana no basta con repasar la patrística y las Sagradas Escrituras; hace falta remitirse a las mitologías de la antigüedad grecorromana que se vinculan con una compleja urdidumbre filosófica y mágica; esta parte, por un lado, de la recuperación que en el siglo XV se hace de los jeroglíficos egipcios: "suerte de materialización misteriosa de la sabiduría original" y, por otro lado, del neoplatonismo y gnosticismo que también procede de la sabiduría original.

Los conventos no se quedaban atrás; el estereotipo de la monja del siglo XVII era muy ajeno a la piedad, la devoción y la santidad cristianas; estas instituciones religiosas solían estar llenas de monjas calladas, obedientes e ignorantes. Al interior de sus claustros reproducían los vicios y esquemas de la vida social: “de tarde en tarde las monjas –muchas de ellas analfabetas– causaban problemas con motivo de la elección de prioras y luchaban entre sí armadas de cacerolas y cuchillos de la cocina. A veces las elecciones de prioras originaban combates a garrotazos y puñaladas que reclamaban la intervención de las autoridades.”





La segunda corriente tiene su génesis en la sabiduría original que es "revelada a los hombres por los fundadores de la *prisca theologia*." De Platón y Plotino, de Hermes Trismegisto, de la influencia de la teología estoica, judaica y persa procede el hermetismo neoplatónico.

Carlos de Sigüenza y Góngora, gran amigo de sor Juana es, a decir de Fernando Benítez, el "sabio novohispano más grande del siglo XVII. Astrónomo, profesor de astrología —una ciencia de la que se burlaba—, matemático, geógrafo, conocedor de las antigüedades indias, era quizá el único religioso que en la Nueva España había leído a Descartes y a Kepler." Es muy probable que tuviese asidua interlocutora religiosa en las tertulias del locutorio del Convento de San Jerónimo.

En el juego de las sumas y las restas, Fernando Benítez expresa que sor Juana Inés de la Cruz “nacida para amar y ser amada, clausuró su cuerpo; nacida para estudiar, encontró estorbos y dogmatismos; nacida para ser libre, sufrió enclaustramiento y obediencia; mujer de razón, la rodearon locos delirantes; su humildad encubría una gran soberbia; su castidad, un fuego ardiente.”

Es posible que la suma total diera como resultado una cadena de frustraciones y amarguras; no obstante, el temple de sor Juana y su producción intelectual nos devuelven mujer y poeta a la que un día se desposara como “una Reina con tocas de viuda e insignias de soledad.”^Δ